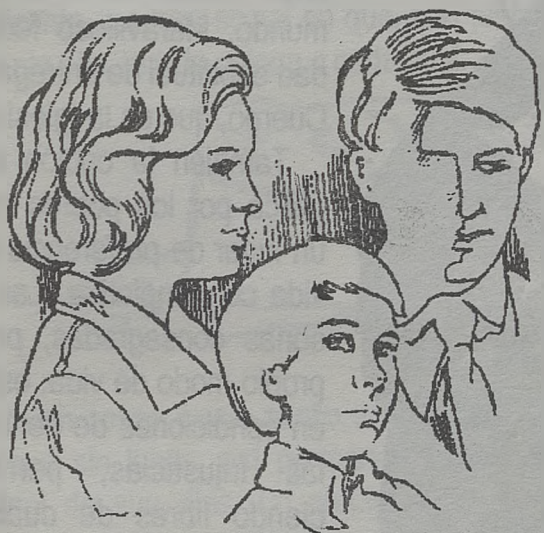


El Misterio Conyugal (II)

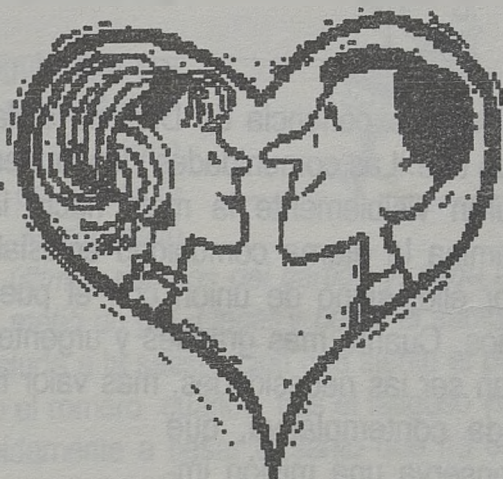
don mutuo, en un sentido preciso y fuerte, es decir, en correspondencia, en armonía, en diálogo.

La gran ley del amor es la de darse el uno al otro para darse juntos. Esto lo decía Pablo VI en una alocución a los Equipos de Ntra. Sra. en Roma. El hombre y la mujer están invitados a entrar en el mismo misterio de la unión entre sus cuerpos y la unión entre sus corazones que reúne en ellos las fuentes de la vida. He aquí pues las maneras con las que el hombre y la mujer se introducen en una vida más grande que la propia: la forma



más evidente y la más deseada es, por supuesto, la procreación y la acogida de los hijos.

Ahora que estamos preparados para interpretar la palabra, después de haber elegido la vida a Dios podemos afirmar que el lazo de tres cabos no se rompe pronto. Todo esto es muy concreto, lo sabemos muy bien los Equipos de Ntra. Señora. Podemos experimentar cada día, cada semana, y cada mes, hasta qué



punto la oración es la entrada consciente en la circulación del don trinitario, que consolida nuestro lazo y nos ayuda a realizar los actos que lo conservan vivo. El lazo se teje también con la vida espiritual compartida con los demás, en una fraternidad más amplia que la de la familia. Finalmente, el lazo no se rompe fácilmente porque no está tejido sólo con tres cabos. En el tercero se cruzan, y se confirman, toda clase de lazos humanos, divino y divino – humanos.

Sepamos admirarnos ante esto; que el reconocimiento de la otra persona en su unidad reúne en su fondo el dinamismo del amor fraterno, es decir, el amor más universal.

(Tomado de una de las conferencias que se impartieron en Santiago de Compostela, con motivo del IX encuentro internacional de los Equipos de Nuestra Señora, y transcrito por uno de sus miembros que asistió al encuentro)